



AVISO LEGAL

Artículo: Iberoamérica : una nueva sociedad

Autor: Ferrer, Aldo

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 3, año VII, núm. 39 (mayo-junio de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Ferrer, A. (1993). Iberoamérica: una nueva sociedad. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 57-64. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

IBEROAMÉRICA: UNA NUEVA SOCIEDAD

Por *Aldo FERRER*
ARGENTINA

Los cambios recientes

ACTUALMENTE PREVALECE, en América Latina, políticas que privilegian la función del mercado y promueven la inserción en la economía mundial. Al mismo tiempo reducen, a través de las privatizaciones y la desregulación, la presencia del sector público. El rigor de las normas fiscales y monetarias se ha impuesto, asimismo, como condición necesaria de la estabilidad y el crecimiento. Estas orientaciones de la política económica han sido inducidas por la crisis de la deuda externa y del desarrollo latinoamericano, instalada a principios de los años ochenta. Reconocen, asimismo, la influencia de los extraordinarios acontecimientos producidos, en los últimos años, en el orden mundial. El colapso de las economías centralmente planificadas y de los regímenes autoritarios en Europa reforzó la supremacía de las economías de mercado y el cuestionamiento de la intervención estatal en la asignación y la distribución de los recursos. El llamado "Consenso de Washington" engloba el paradigma de política económica que predomina actualmente en nuestros países. Éste cuenta con un fuerte respaldo de los centros de poder mundial.

El fin de la guerra fría y el reconocimiento de la democracia como sistema necesario de la viabilidad política internacional repercutieron también en el escenario latinoamericano. Los regímenes democráticos abarcan casi todo el subcontinente y la confrontación Este-Oeste dejó de ser el lente a través del cual se observan los conflictos políticos en la región. En este contexto, la defensa de los derechos humanos ha adquirido una nueva dimensión.

Muchos de estos cambios en América Latina y el mundo contribuyen a afianzar la paz y la seguridad y a establecer bases más

sólidas de desarrollo, pero no alcanzan para resolver los grandes desafíos de nuestro tiempo, a saber: el aumento de la pobreza y las desigualdades sociales y las agresiones a la Naturaleza. No aseguran, por lo tanto, la marcha hacia una nueva sociedad fundada en el bienestar humano y la protección del ecosistema. Vale decir, en el *desarrollo sostenible*.

Agravamiento de la pobreza y las desigualdades

EN América Latina los procesos de ajuste de los últimos años han sido acompañados de un profundo deterioro de las condiciones sociales y de una mayor concentración de la riqueza y el ingreso. La región ofrece un abanico de situaciones muy diversas que abarca desde los logros alcanzados por la economía chilena, pasando por los interrogantes planteados respecto de Argentina y México, hasta la subsistencia de profundos desequilibrios en la economía del Brasil. Los otros países reflejan también la diversidad de situaciones existentes. Pero, sin excepciones, en toda América Latina los problemas dominantes siguen siendo la pobreza y las agresiones al ecosistema.

En el orden mundial las fracturas entre el Norte y el Sur son cada vez mayores. Según el último informe de desarrollo humano de las Naciones Unidas, la brecha entre el ingreso medio y los niveles de vida del 20% de la población mundial más rica respecto del 20% más pobre aumentó de 30 a 60 veces entre 1960 y la actualidad. Las disparidades entre los niveles de vida de los diversos segmentos de la población, dentro de América Latina y en el mundo, siguen aumentando. En esta región y en otras partes la pobreza aflige cada vez más a un mayor número de seres humanos. Simultáneamente, las agresiones a la Naturaleza, generadas por los estilos de desarrollo de los países ricos y las miserables condiciones de vida prevalentes en los pobres, plantean amenazas a la vida en el planeta que no pueden soslayarse por más tiempo.

Las nuevas tecnologías: globalización y fractura

ESTOS problemas no son nuevos pero tienden a agravarse por el impacto de la revolución científico-tecnológica contemporánea. Los nuevos paradigmas tecnológicos, fundados en la informática, la electrónica y la biotecnología, producen un efecto paradójico: profundizan las relaciones y la interdependencia entre los seres

humanos y los países y, simultáneamente, amplían las asimetrías y fracturas existentes entre ellos. Detengámonos brevemente en el señalamiento de esta cuestión crucial para la comprensión de la problemática latinoamericana e internacional.

Las nuevas tecnologías reducen la participación de las materias primas, la energía y la mano de obra no calificada en la producción final. El conocimiento y los recursos humanos capacitados se han convertido en las fuerzas decisivas del desarrollo económico. Éste depende actualmente más de la tecnología que de la dimensión del espacio territorial y los recursos naturales. En cada país, el bienestar y el empleo se concentran en los trabajadores de mayores niveles de educación y capacidades técnicas. El resto queda al margen de los beneficios de la tecnología y el desarrollo. De allí las crecientes diferencias en los niveles de vida y en las oportunidades de los diversos sectores sociales. Esto sucede en América Latina y otras regiones del sur, pero también en el mundo industrializado. Véase, por ejemplo, el estudio del actual Secretario de Trabajo de los Estados Unidos sobre "el trabajo de las naciones". El juego espontáneo de las fuerzas del mercado no resuelve este desafío planteado a cada país por los nuevos paradigmas tecnológicos, antes bien, tiende a profundizar la fragmentación del tejido social y productivo.

Lo mismo sucede en el orden internacional. Actualmente, dos tercios de las exportaciones mundiales son manufacturas de alto contenido tecnológico. América Latina y el resto de las economías periféricas sólo representan el 10% de las mismas. El 70% del comercio y más del 80% de las inversiones privadas directas mundiales se realizan entre las economías que participan de la revolución científico-tecnológica, es decir, entre los países industriales.

En el pasado, la división internacional del trabajo se basaba fundamentalmente en la especialización en la producción primaria y bienes producidos con mano de obra no calificada, por una parte, y manufacturas y otros bienes de mayor contenido tecnológico y trabajo especializado, por otra. Éste era el núcleo de la relación Norte-Sur, del modelo centro-periferia. Aunque de manera asimétrica en la distribución de los frutos del desarrollo, existía una cierta asociación en el crecimiento entre los países desarrollados y subdesarrollados. Los nuevos paradigmas tecnológicos han impuesto una nueva división internacional del trabajo entre quienes producen bienes y servicios de alto y creciente contenido de conocimientos. Esta especialización intraindustrial en productos sofisticados dentro de cada rama productiva es la matriz dominante actualmente en

el comercio internacional. Hoy en día, América Latina y otras regiones del Sur ni siquiera son socios subordinados en el crecimiento del mundo desarrollado.

El Norte es hoy la *locomotora* del mismo Norte. *Los vagones* del Sur han quedado desprendidos del crecimiento de los países industriales. Su rezago industrial y tecnológico les impide participar en las corrientes expansivas de la economía mundial. Ésta es la causa principal que explica la caída de la participación de América Latina en el comercio mundial de más del 10% en la década de los cincuenta a menos del 5% en la actualidad. La región exporta predominantemente bienes de bajo contenido de conocimientos cuya participación declina en el comercio mundial. En el Sur, pocos países lograron, como los del sureste asiático, transformar profundamente sus estructuras productivas y asociarse a la revolución científico-tecnológica.

Los nuevos paradigmas tecnológicos fracturan y desintegran el tejido social y el sistema internacional; ensanchan, sin pausa, la brecha entre los que participan y los que quedan al margen de las transformaciones impulsadas por los nuevos conocimientos. Al mismo tiempo, el extraordinario crecimiento de las finanzas internacionales en el último medio siglo generó otras fracturas entre el plano real de la producción y el área financiera. El movimiento internacional de capitales consiste hoy principalmente en operaciones especulativas sobre las tasas de cambio e interés y transacciones desvinculadas de la producción y el comercio. Así se explica que, en las décadas de 1960 y 1970 América Latina, una región marginal en la economía mundial real, se convirtió en un importante destinatario del crédito de los principales bancos internacionales. Cuando el endeudamiento superó la capacidad real de pagos de la región, que sólo puede fundarse en el acervo tecnológico y el potencial exportador, estalló la crisis de la deuda externa. El interrogante que se abre actualmente es si el reinicio del crédito internacional hacia América Latina corresponde a una expansión del potencial real de la región o si, por el contrario, como en la historia reciente, refleja un alto componente especulativo del sistema financiero internacional.

Simultáneamente, con las fracturas observables en el orden económico internacional, los nuevos paradigmas tecnológicos globalizan las relaciones internacionales. Es decir, profundizan las relaciones entre los seres humanos y los países. Basta con recordar los avances extraordinarios de la difusión de información a escala mundial y la internacionalización de los mercados promovida por las corporaciones y bancos transnacionales.

Pero no sólo la información, los mercados y las finanzas se globalizan. Al mismo tiempo, cada país, América Latina, el orden mundial, son hoy sistemas de vasos comunicantes en los cuales los problemas planteados por la pobreza se difunden en el Norte y el Sur, ricos y pobres, entre todas las etnias y credos de la raza humana. En el pasado, las consecuencias de la pobreza quedaban encerradas dentro de las fronteras de cada país; hoy en día, la pobreza y las crecientes desigualdades constituyen las mayores amenazas a la paz y la seguridad internacionales y son causa principal del narcotráfico, la proliferación de armas de destrucción masiva, la destrucción del ecosistema, el explosivo crecimiento de la población en los países más pobres y las migraciones internacionales. Los problemas actuales del sistema internacional son globales e interdependientes. El carácter potencialmente explosivo de los conflictos étnicos en los Balcanes y el fundamentalismo religioso en Oriente Medio y otras partes es su inserción en un mundo en el cual las tensiones se generalizan y multiplican por la pobreza y las desigualdades prevalentes.

Las tensiones tienden a agravarse por el rápido crecimiento de la población en los países pobres. Se estima que en el próximo cuarto de siglo el 95% del aumento de la población mundial se producirá en las regiones del Sur.

Política de poder y supervivencia

OPERAN fuerzas profundas en el orden contemporáneo que condicionan el comportamiento de las políticas de los Estados nacionales. Aquel efecto paradójico, globalización y fractura, de los nuevos paradigmas tecnológicos, es un fenómeno de mayor repercusión y alcance que el fin de la guerra fría, la supremacía de la economía de mercado y la difusión del sistema democrático de gobierno. En el nuevo escenario emerge un conflicto entre la supervivencia humana y las políticas tradicionales de poder que no tiene precedentes en la historia.

El orden mundial es actualmente más asimétrico e inequitativo que en el pasado. El dominio del Norte sobre los mercados, la tecnología, la información y el sistema financiero han aumentado el drenaje de recursos del sur al norte. Según estimaciones del antes citado informe de Naciones Unidas, el proteccionismo en las economías industriales, las mayores tasas de interés cargadas a los deudores del sur, las restricciones de acceso a la tecnología

y las barreras a los movimientos migratorios, le cuestan al Sur 500 mil millones de dólares anuales, es decir, el 20% del fruto del trabajo de más de cuatro mil millones de seres humanos. Las políticas tradicionales de poder en el orden mundial agravan, pues, los problemas planteados por los nuevos paradigmas tecnológicos.

Dentro de América Latina, sucede algo semejante. El ajuste agravó los problemas de la pobreza y las fracturas y conflictos existentes en las sociedades nacionales. Desde la perspectiva de la distribución del ingreso y el desarrollo social, las políticas prevalentes no mejoraron y, en varios casos, agravaron la situación preexistente.

Una visión del futuro de nuestros países debe tomar en cuenta esta crisis profunda de las políticas tradicionales de poder en el mundo y en Iberoamérica. El desarrollo humano y la defensa del ecosistema no son, hoy, reclamos fundados sólo en valores éticos. La paz y la seguridad internacionales y la estabilidad de los sistemas democráticos descansan hoy, esencialmente, en la transformación de las políticas tradicionales de poder en políticas de solidaridad fundadas en la respuesta pragmática a los nuevos problemas. Las disparidades actuales entre ricos y pobres, la corrupción, las estructuras incompatibles con el crecimiento y el bienestar, han dejado de ser sostenibles por más tiempo. En América Latina no parece posible abatir la pobreza y elevar la calidad de vida de nuestros pueblos sin políticas fundadas en la solidaridad. Éste es un requisito primario de la supervivencia y de la democracia. La estabilidad, el rigor fiscal y monetario, la apertura y el buen funcionamiento de los mercados son indispensables, entre otras razones, para recuperar el control de la administración de los asuntos públicos y poder enfrentar con algún éxito las restricciones impuestas por un sistema financiero y económico mundialmente globalizados. Son condiciones necesarias pero no suficientes para poner las bases de una nueva sociedad asentada sobre el desarrollo sostenible.

La construcción de una nueva sociedad en América Latina no demanda recursos que excedan los actualmente disponibles. En la mayor parte de la región existen ingresos medios del orden de 3 000 dólares anuales per cápita. Al mismo tiempo, la riqueza de los recursos naturales es proverbial y se dispone de un potencial industrial, tecnológico y de administración eficiente y considerable. La pobreza que predomina en América Latina no obedece, por lo tanto, a escasez de recursos sino a las políticas que concentran la riqueza y el ingreso y profundizan las fracturas del sistema social. Lo

mismo sucede a escala mundial. Los proyectos de desarrollo sostenible contenidos en la *Agenda 21* de la Conferencia de Desarrollo y Medio Ambiente de Río de Janeiro, de 1992, contienen inversiones anuales que equivalen sólo al 10% de los gastos militares mundiales. El desarrollo sostenible, la construcción de una nueva sociedad es, pues, un desafío esencialmente político. Descansa en el ejercicio lúcido del poder para resolver este dilema central de nuestro tiempo: el conflicto profundo entre las políticas tradicionales y la seguridad y la paz y, en definitiva, la sobrevivencia humana.

Una nueva sociedad y el orden mundial

Los gravísimos problemas sociales en América Latina y otras partes están mereciendo una atención creciente, incluso en los organismos internacionales de financiamiento y centros de poder mundial, pero se corre un doble riesgo: por una parte, que las respuestas a tales desafíos no estén a la altura de los problemas planteados, es decir, que sean insuficientes y tardías. Por otra, confundir las políticas de desarrollo humano con el prebendismo orientado a enfrentar los problemas más acuciantes.

Sería un grave error suponer que los problemas actuales pueden enfrentarse y aliviarse con paliativos. Éstos emergen de fuerzas profundas del cambio económico y social arraigadas, según se ha tratado de explicar, en los nuevos paradigmas tecnológicos. En tales condiciones, medidas parciales serían gotas de agua arrojadas a una hoguera de problemas. Son necesarias, pues, decisiones que asocien a todos los seres humanos y a la comunidad internacional a las fuerzas constructivas de la globalización, el bienestar, la seguridad y la paz. Es indispensable, por lo tanto, incorporar a todos los sectores sociales y a toda la fuerza de trabajo a un proceso amplio de desarrollo humano fundado en la protección del ecosistema, la mejora de la alimentación, la salud, el hábitat, la capacitación técnica, la apertura de nuevas oportunidades de bienestar y empleo y el ejercicio efectivo de la libertad y de la participación en los sistemas democráticos. Es decir, transformar a cada ser humano en un miembro activo de la sociedad, del proceso de desarrollo y de la defensa de la Naturaleza. Para esto son indispensables políticas económicas y sociales eficientes y, al mismo tiempo, transformaciones profundas en los sistemas políticos que conviertan a la democracia en un escenario real de la creatividad y la solidaridad.

Semejantes cambios tropiezan con las restricciones planteadas por el orden internacional vigente; de allí que por su propio interés

y por la tradición humanista de su cultura, nuestros países tienen que propiciar la creación de un orden mundial que promueva el desarrollo sostenible, la solidaridad y la paz. El conformismo con el comportamiento y la distribución del poder del orden internacional vigente constituye, en sí mismo, una manifestación de la incapacidad de enfrentar con realismo los nuevos desafíos... No habría, sin embargo, que hacerse ilusiones acerca de la correspondencia entre los cambios necesarios en el orden mundial y la urgencia de los problemas planteados a nuestros países.

*La dimensión cultural y los contenidos endógenos
de una nueva sociedad*

AL respecto merece recordarse otra de las paradojas planteadas por la revolución científico-tecnológica contemporánea. En un mundo globalizado ningún país puede permanecer aislado del sistema internacional, ya que, al mismo tiempo, su desarrollo sostenible descansa esencialmente en la fuerza endógena de transformación de cada sociedad, movilización de su potencial, afirmación de su identidad cultural, capacidad de elegir su propio camino y poner y mantener "la casa en orden". El desarrollo sostenible no se importa; depende esencialmente de la vocación de cambio de cada país. Globalización y apertura, un mundo sin fronteras en el contexto del desarrollo sostenible, no son, por lo tanto, uniformidad y eliminación de las diferencias culturales. Reclaman, por el contrario, la diversidad y el pluralismo. Esto confiere una nueva perspectiva a la dimensión nacional y al nacionalismo, entendidos como ámbito y proyecto necesario de la creatividad y afirmación de la identidad cultural. No es casual que los países más exitosos en el último medio siglo sean aquellos que han sabido resolver esta paradoja de la globalización y los contenidos endógenos del desarrollo. Sus estrategias fueron de *desarrollo desde adentro y hacia afuera*. Es decir, volcadas hacia el mundo a partir de la integración de la dimensión nacional. Dentro de estas perspectivas, la integración latinoamericana reaparece como una posibilidad, aún inédita, de ampliación del potencial de crecimiento endógeno de nuestros países.